

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal: J 696-2013**

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN: 2341-0086**

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**14ª Edición:** diciembre del 2026

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

**Relato**  
*de*  
**Carlos M. Martín Nogués**

## EL DÍA DE LA PRUEBA

Amanece, un sol caduco ilumina poco a poco la aldea, parece un día cualquiera, como todos los demás. Varias palmeras, diseminadas aquí y allá por los alrededores, se elevan hacia el cielo, las jóvenes, esbeltas y orgullosas, algo vencidas y desgastadas las viejas. Apenas el sol hubo asomado por el horizonte, los habitantes comenzaron a salir de sus rústicas cabañas, paredes de adobe, techos de paja, y se dirigieron a la explanada central, donde se reunieron formando un simulacro de fila circular, informe y anómala. No era algo que se hiciese con frecuencia, solo en ocasiones señaladas, como hoy, una fecha especial, el Día de la Prueba. Cuando todos los habitantes de la aldea estuvieron en la explanada, el Jefe de la tribu, seguido por el Brujo, se situó en el centro y escudriñó la hilera de hombres, mujeres y niños para comprobar si faltaba alguien, no eran muchos y se conocían todos. Se habían agrupado por familias, abuelos, padres, madres, hijos y nietos juntos. Uno de los pequeños se abrazó a su abuelo intuyendo que algo no iba bien. Otro anciano miraba a su familia como despidiéndose, no era el único. El Jefe y el Brujo recorrieron el círculo para asegurarse de que ya estaban allí todos los habitantes de la aldea. Después se volvieron a colocar en el centro y el Jefe se dirigió a sus súbditos.

—Hoy es el día en el que todos los años celebramos la Prueba del Cocotero, que resulta imprescindible para nuestra supervivencia, por eso hay que hacerla, porque, aunque no sea del agrado de algunos, es necesaria. Tal y como está establecido en el ceremonial, el Brujo encabezará la comitiva y yo iré detrás de él. Nos seguirán los más ancianos y tras ellos, el resto. Los guerreros nos escoltarán para evitar que nadie intente huir.

El cortejo se puso en marcha encabezado por el Brujo, que avanzaba realizando bailes rituales y lanzando al cielo sus conjuros para que la prueba les fuese favorable. Tras él, escoltado por seis guerreros, iba el Jefe, al que seguía todo el resto de la tribu. Algunos ancianos intentaron rezagarse, pero los soldados que cerraban el cortejo los obligaron a seguir adelante. Salieron de la aldea y caminaron no más de doscientos metros, hasta detenerse ante un enorme cocotero, el más alto del lugar, cuya cima más de veinte metros de altura. El Brujo comenzó una danza ritual delante del árbol elegido, blandiendo un hueso en su mano derecha y una calavera en la izquierda. Una vez finalizada la danza, dio cinco vueltas alrededor del cocotero agitando los amuletos hacia el cielo, después se detuvo y se dirigió a los aldeanos.

—Vamos a comenzar la prueba. Que los jóvenes que hemos seleccionado entre los más fuertes se coloquen alrededor del cocotero.

Seis muchachos altos y fornidos rodearon el árbol.

—Y ahora, que se acerque el más viejo de la aldea y que empiece la prueba.

Un anciano decrepito se acercó al cocotero, caminaba con mucha dificultad, casi arrastrando los pies, y se apoyaba en una gruesa rama para poder andar. Al llegar junto a la palmera, se detuvo y miró en derredor, como implorando ayuda, pero el Brujo lo señaló amenazante con su vara y le gritó.

—¿Qué estás esperando? ¿Quieres que los espíritus te maldigan a ti y a toda tu familia?

El pobre anciano, con aspecto resignado, comenzó a trepar por el tronco. A mitad del ascenso a punto estuvo de caer, pero se rehízo y, agarrándose con todas sus fuerzas al tronco, continuó el ascenso como pudo. Cuando al fin hubo llegado hasta lo más alto, los jóvenes empezaron a sacudir el árbol con todas sus fuerzas. El anciano aguantó poco, ni siquiera un minuto, y acabó por caer y estrellarse contra el suelo, muriendo en el acto. Retiraron el cadáver y continuó la Prueba. Tras el desgraciado, le tocó el turno al siguiente en edad, en esta ocasión se trataba de una mujer, que tampoco duró mucho tiempo sobre el árbol y también se mató al precipitarse contra el suelo. El ritual continuó hasta que, por fin, el quinto consiguió aguantar todas las sacudidas sin que lo pudiesen derribar. Allí acabó todo.

Los habitantes de la aldea comenzaron a retornar a sus cabañas, salvo los familiares de los fallecidos, que permanecieron allí para honrar a sus muertos y darles digna sepultura. En el camino de vuelta, dos de los jefecillos del poblado comentaban la prueba.

—Este año solo han caído cuatro. Cada vez están más fuertes.

—O son más jóvenes los que van quedando.

—En otras aldeas han suprimido la prueba.

—Eso es una locura. Los que no tienen fuerza para sujetarse tampoco la tendrán para trabajar, ni siquiera podrán producir lo suficiente para su propio consumo. Acabaríamos por no tener comida para todos. La prueba es necesaria para la supervivencia de nuestra aldea.

—Sin embargo, las aldeas que han suprimido la prueba consiguen sobrevivir, aún con los ancianos vivos.

—¿En qué condiciones? Tú solo sabes lo que has oído. No conoces la realidad, quizás pasen hambre y necesidades, quizás los hombres jóvenes estén perdiendo su fuerza y ya no sirvan ni para cazar, lo que aumentaría el problema de la comida.

Así deliberaban en el camino de vuelta dos de los notables del poblado, cuya opinión tenía bastante influencia en las consideraciones del Consejo Asesor e incluso en las decisiones del propio Jefe de la tribu. Al entrar en la aldea, les extrañó ver cómo muchos de los ancianos que aún vivían se dirigían a un mismo lugar, hacia la orilla de la laguna que había tras las cabañas. Pero no le dieron importancia. “Los viejos hacen cosas muy raras, lo mismo les ha dado por bañarse”, pensaron.

Los ancianos fueron llegando al pequeño lago que usaban para bañarse y lavar sus ropas. A esa hora todavía no había nadie en sus orillas, lo rodearon y se reunieron al otro lado, sigilosos, en un descampado que unos matorrales ocultaban a los ojos de los habitantes del poblado y a cualquiera que llegase a la laguna. Una vez allí, sin decir palabra, se sentaron en el suelo formando un círculo. No eran muchos, solo doce, siete mujeres y cinco hombres. El de más edad, que hoy había conseguido superar con éxito la prueba, tomó la palabra.

—Todos sabemos por qué estamos aquí, tenemos que impedir que esta maldita prueba continúe año tras año, matándonos antes de tiempo, sin que podamos disfrutar de un merecido descanso en nuestra vejez. Hemos trabajado duro durante todas nuestras vidas, y aún lo seguimos haciendo a pesar de nuestra edad. La Prueba del Cocotero es injusta y cruel, no nos merecemos que nos hagan esto ahora, cuando nos queda poco que vivir.

—Pero es la ley —interrumpió la voz cascada de un viejo desdentado—. Y la ley hay que cumplirla.

—Cuando una ley es injusta, lo justo es desobedecerla —respondió decidido el más anciano—. Las leyes deben servir para protegernos de los abusos, no para condenarnos a morir antes de tiempo.

El debate se intensificó. Unos defendían que aquella ley servía, al menos, para proteger a los habitantes que quedaban vivos y que no muriesen de hambre. “Nuestro sacrificio sirve para que puedan sobrevivir nuestros hijos y nuestros nietos”. Otros discrepaban. “No creo que nos muramos de hambre por tres o cuatro habitantes más”. Y eran respondidos por los que no pensaban como ellos. “Eso es gracias a la prueba, sin ella no seríamos dos o tres más, sino decenas”. “No estoy de acuerdo. Me han llegado rumores de que en otras aldeas han suprimido la Prueba y no tienen problemas para alimentarse”. “Eso solo son rumores, vete a saber si es cierto lo que dicen”. “Pues

tendríamos que ir a esas aldeas para que nos informen de si es cierto”. “Imposible, el Jefe tiene prohibido que salgamos de nuestro territorio, los guerreros nos lo impedirían”. En el calor del debate, la pregunta de una vieja muy arrugada atajó la discusión.

—¿Hay acaso alguna forma de evitar que se siga celebrando la prueba? ¿De qué nos sirve discutir si hacemos o no hacemos algo que resulta irrealizable, fuera de nuestras posibilidades?

Los concurrentes callaron, se miraron unos a otros en silencio, y comenzaron a levantarse, muy despacio. Pero el más anciano gritó.

—¿Qué hacéis? ¿Os vais a rendir antes de empezar? ¿Por una pregunta?

Los demás dudaron, unos ya de pie, otros a medio levantar, y algunos, sentados aún.

—Lo que hay que hacer es buscar la manera de evitar que la prueba continúe. Tiene que haber alguna forma de conseguirlo.

Uno de los que ya se había levantado, y que no parecía dispuesto a volverse a sentar, le respondió.

—Ni siquiera nos hemos puesto de acuerdo en si queremos que la prueba se suprima, ¿y ya vamos a estrujarnos los sesos para ver cómo? Será mejor que volvamos al poblado antes de que noten nuestra ausencia y tengamos que andar dando explicaciones. Yo me marcho ahora mismo.

Los que ya se habían levantado, empezaron a caminar, menos uno, que se volvió a sentar. También se quedaron los que habían permanecido sentados. Solo quedaban ya tres mujeres y dos hombres, incluido el de más edad, que parecía el más decidido a que se eliminase la prueba. Una mujer, algo tímida, intervino casi pidiendo perdón por hablar.

—Da igual que algunos no quieran, los que estamos de acuerdo debemos buscar una solución.

—Pero no podemos acabar con la ley que establece la celebración de la prueba si solo somos cinco, menos de la mitad de los ancianos de la aldea —opinó otra mujer.

Todos callaron, el silencio se tornó denso, incómodo, hasta que el más anciano habló de nuevo.

—Si no es posible acabar con la prueba, tendremos que buscar la forma de evitarla, que al menos nosotros no la tengamos que pasar.

—Podemos huir antes de que llegue el día de la Prueba, así nos podríamos salvar.

—¿Y cómo sobreviviríamos, solos en la selva? Ya no somos tan fuertes ni tan hábiles.

—Pero tenemos más experiencia.

—Es muy arriesgado.

—Más arriesgado será esperar a subir al cocotero el próximo año.

—Al menos viviremos hasta entonces.

Un leve sonido, como de un roce entre las hierbas, los alarmó. De repente se abrió la maleza tras la que se ocultaban los reunidos y doce guerreros armados con lanzas y escudos irrumpieron en el descampado, rodeándolos.

—¡Quietos, traidores! —conminó el cabecilla del grupo.

Los ancianos, perplejos, ni siquiera pudieron reaccionar. Los soldados los maniataron y, uno detrás de otro, escoltados por los guerreros, se los llevaron detenidos. Cuando llegaron al poblado los condujeron a la tienda del Jefe, ante la expectación de todos los habitantes de la aldea, que observaban la escena con expresión preocupada. Un murmullo de inquietud y temor recorrió la explanada. Los que habían asistido a la reunión, amedrentados, intentaban ocultarse tras los demás. El Jefe salió de su tienda y se aposentó sobre el sillón real que había ante ella, el Brujo se sentó en una piedra, junto a él y comenzó a lanzar conjuros y maldiciones sobre los arrestados. A un gesto del Jefe, los guerreros tiraron a los ancianos al suelo, a sus pies y el Jefe les recriminó su actitud.

—Así que queríais quebrantar nuestras sagradas costumbres, establecidas para preservar la supervivencia de nuestro pueblo, sin tener en consideración el bien general, solo vuestro propio beneficio. Responded si es eso cierto.

Los infortunados viejecitos, sin acertar ni siquiera a levantarse, aturdidos y perplejos, sin comprender cómo habían podido ser descubiertos, no acertaron a decir nada. Se intercambiaban entre ellos miradas interrogantes y temerosas, sin poder reaccionar al requerimiento regio. Entonces, el Jefe dio su veredicto.

—No os condenaré a muerte, porque perderíamos productividad. Durante este año estaréis encerrados, separados de vuestras familias y realizaréis los trabajos más duros, vigilados por los guerreros. Y si al final del año aún estáis vivos, seréis los únicos en realizar la prueba. Lleváoslos.

Una vez formuló la condena, el Jefe volvió a entrar en su cabaña mientras que el Brujo se retiraba a la suya.

Durante todo ese tiempo, solo había permanecido tranquilo el primer anciano que se había marchado de la reunión clandestina. Cuando el Jefe desapareció en el interior de su cabaña, el anciano cogió del brazo a la vieja que estaba a su lado y la alejó de la multitud hasta estar a una distancia prudencial, entonces miró en derredor para cerciorarse de que nadie podía escuchar sus palabras y se dirigió a ella.

—¿Has visto como la estrategia es importante? A cambio de delatarlos, el Jefe de la tribu me prometió que el próximo año solo subirán al cocotero esos cinco. Hemos ganado un año más de vida.

Encerraron a los condenados en una especie de almacén que había al final de la aldea y allí quedaron, custodiados por un guerrero. Los demás habitantes fueron regresando a sus cabañas despacio, sin ni siquiera atreverse a comentar en público lo sucedido, tristes algunos, otros satisfechos, los más, asustados, hasta que la explanada quedó vacía por completo. Desde su encierro, los detenidos podían ver, a través del angosto y triste ventanuco de su celda, como el cielo enrojecía la tarde mientras se iba apagando el día.